

EDUARDO TORROJA. UN SIGLO

(1899-1962)

Recordando al ingeniero Eduardo Torroja, Antonio Fernández Alba reclama la necesidad de nuestra época en recuperar el buen hacer constructivo y la artesanía del detalle, así como encontrarse con la poética del espacio y la materia.

Al acercarse uno a los territorios intelectuales y personales por los que discurren las vidas de hombres como el ingeniero Eduardo Torroja, hoy en el recuerdo centenario, siempre nos asalta la duda de cómo integrar o relacionar el mito con la razón de su quehacer profesional en cada uno de los recodos de sus geograffias vitales.

La razón, para algunos, sigue siendo aún hoy una mirada que debe asumir sólo cuestiones de naturaleza científica; la filosofía, para otros, debe entretenerse en un quehacer literario, configurar el mito o bien atender con sus postulados a los desagravios que pueda producir la «causa científica», de manera que, desde esta perspectiva, es reclamada no para que aporte reflexiones verdaderas, sino para que narre historias que contribuyan a hacer la vida soportable.

Esta controversia, en el proyecto de ingeniería, se traduce en una vulgar y artificiosa

dicotomía entre la razón técnica y su naturaleza artística. Así, en determinadas épocas, al proyecto del ingeniero o arquitecto se le pide la simulación de imágenes o la ensoñación de lugares que puedan suplir en el espacio público o privado, lo que ha significado el abandono, la derrota de suplantar la «razón de ser» de la obra de ingeniería o de arquitectura.

Revisando el perfil riguroso de un ingeniero como Eduardo Torroja, que aquí conmemoramos, la estela que aún proyecta su obra al cabo de tantos años, me parece que reside en la profunda coherencia de su obra que gira, como ya se ha señalado en algunas acotaciones historiográficas, en torno a una fórmula matemática con cuatro ecuaciones y cuatro incógnitas.

Para Torroja, el problema constructivo viene acotado a las siguientes cuestiones: la finalidad utilitaria del proyecto, su función estática, sus cualidades estéticas y las condiciones económicas.

141

Las incógnitas serían el material con que se edifican, el tipo o modelo de estructura, la forma y sus dimensiones y la técnica o procedimiento de ejecución; todo ello envuelto en el reducto de la imaginación especulativa. Consciente Eduardo Torroja de que el entorno verdadero con la «razón de ser» de una obra de ingeniería, en los campos siempre abiertos del proceder técnico, tiene como prioridad el soporte de la imaginación.

En su obra, de acuerdo con las ecuaciones antes señaladas, se reflejan razones próximas al origen y nacimiento de las primeras trazas de la ciudad griega que se formulaba siguiendo los principios de la unidad en la materia, articulación de sus elementos estructurales, equilibrio con las leyes de la naturaleza y atendiendo a los límites de crecimiento de la forma.

142 Desde los primeros apuntes que surgen en el acontecer de ese dilatado diálogo de entender la ingeniería como técnica constructiva, Eduardo Torroja intuye muy pronto el sentido que la imaginación tiene en el proceso de diseño del proyecto. En sus rasgos y trazas formales, entre el esbozo y la obra construida desde el croquis al documento final, para Eduardo Torroja no existe razón lógica para dissociar el territorio del arte como algo diferenciado del mundo de la ciencia. Sentimiento –intuición, razón y deducción analítica–, de la misma manera que pensamiento y lenguaje, deben entenderse como actitudes unitarias que son.

Torroja postula en sus trabajos una clara y decidida poética de la acción constructiva. Materia y Forma encierran tanto belleza del construir como el saber del ingeniero (*Mercado de Algeciras; Frontón Recoletos*).

El proyecto de la construcción de sus estructuras los concibe, creo yo, como resultado de una coherencia entre la lógica del cálculo y la naturaleza de los materiales, logrando en ocasiones lo que podríamos denominar la «metáfora estructural» tan específica y próxima al mundo que generan los símbolos de la razón constructiva de la arquitectura. Convencido de que la forma que surge del proceso constructivo, que acontece en la obra de ingeniería, es un lenguaje y ese lenguaje debe ser inteligible (*Hipódromo de la Zarzuela*).

He señalado anteriormente la palabra coherencia porque estimo que en toda la obra de Eduardo Torroja tenía singular importancia la fidelidad a la racionalidad técnica de la forma y a la realidad construida, coherentes con los interrogantes de su época: conquista de grandes luces y liberación de cargas; sin duda porque sus trabajos habitaban esos lugares por donde discurre la conciencia de la forma que siempre tienen en vigilia la «racionalidad constructiva» y la «economía en el cálculo».

En inteligencias como la del ingeniero Eduardo Torroja, estas vigiliadas le permiten integrar de manera excepcional materia, técnica y función.

La figura y la obra de Eduardo Torroja nos dejan un mensaje significativo a ingenieros y arquitectos, ya del siglo que viene:

La necesidad de recuperar el buen hacer constructivo, ante la quiebra o la superación de los modelos canónicos del innovador siglo XX.

Indagar en la artesanía del detalle, frente a la entronización de los simulacros de lo efímero.

Recuperar la nobleza no simulada de la espacialidad, en beligerancia crítica del ambiguo determinismo morfológico orientado hacia los decorados figurativos del capitalismo globalizado, cuyas imágenes responden a experimentos informales de un vano expresionismo abstracto.

El encuentro con la poética de la materia, que permita racionalizar la función de la técnica, en la actualidad organizada para reproducir estereotipos al servicio del consumo de masas y, también, el papel asignado a la comunicación. El ingeniero, como el arquitecto, se ha transformado en simple constructor de imágenes sólo atento en sus proyectos a los efectos de su

reproducción comunicativa, puestos en valor por las nuevas plusvalías formales del mercado único.

El ingeniero Eduardo Torroja ha contribuido de manera elocuente al desarrollo de la espacialidad moderna desde la ingeniería. Me parece a mí que, como el artista del Renacimiento, intuía que el ingeniero debe intentar descubrir los secretos del universo si quiere conquistar la belleza, y así poder ejercer, como C. Lodoli reclamaba, el arte de construir con solidez científica y elegancia no caprichosa. **A. F. A.**



